

flighem. San Bernardo, que recorría entonces Francia y Alemania predicando la segunda cruzada, vino a hospedarse algunos días en aquel insigne monasterio. A un extremo del claustro se elevaba sobre un pedestal una estatua de madera de la Madre de Dios. María, con el divino Niño en brazos, parecía que miraba con amor y bendecía sin cesar a los religiosos que muchas veces al día pasaban por delante de ella. Siempre que Bernardo pasaba, le dirigía la salutación angélica. *Ave, María*, pronunciaban sus labios, al mismo tiempo que sus ojos se fijaban con ternura en la imagen bendita. Cierta día, arrodillándose delante de ella, repitió con efusión su salutación favorita; pero aun no había acabado de decir *¡Ave, María!*, cuando oyó que la estatua se animaba y le respondía: *¡Ave, Bernarde!* «Dios te guarde, Bernardo.»

Júzguese la impresión que causaría esta palabra inefable en el alma de Bernardo. Sin duda que debió inundarse de alegría como Santa Isabel, cuando en el día de la Visitación resonó en sus oídos la voz de María que la saludaba y, no pudiendo menos, exclamó: «¿De dónde a mí tanta dicha que la Madre de mi Dios venga a visitarme?» (Luc. I, 43) Seguramente que el alma de Bernardo, al oír la voz de su Madre, se derretiría de amor, como la de la Esposa de los Cantares: «Mi alma se ha de-

rretido al oír el eco de su voz.» (Cant. V, 6.)

Fácilmente se comprende que San Bernardo sentiría abandonar la piadosa abadía de Affligem. Allí dejó, como prenda o recuerdo de gratitud, su báculo de abad. La estatua milagrosa se conservó intacta sobre su pedestal en el claustro hasta el año 1580, en que la despedazaron los protestantes iconoclastas. Después se encontraron los trozos y con ellos se hicieron dos nuevas imágenes pequeñas, pero semejantes a la primitiva. Una de ellas se venera aún hoy día en la iglesia de los benedictinos de Termonde.

(Revue Cathol., A. 6)

81. Los nombres de la Santísima Virgen

César Alejandro Luis Lenormand parecía un tipo de esos pequeños rentistas, algo pretenciosos, que, después de una vida sobria, económica, laboriosa y honrada, disfrutaban en su vejez de un modesto bienestar. Durante treinta años fue cajero en distintas ciudades, y, al regresar después de ellos a su pueblo natal, declaró que pertenecía al partido de la Religión, y aun llegaba a decir con tono muy solemne: «Yo protejo la Religión.» Por lo demás, estaba en muy buenas relaciones con el párro-

co y oía misa cada domingo, pero no cumplía con el precepto pascual. Una gran objeción se lo impedía.

«Durante mi juventud, decía él, no se hablaba más que de una Santísima Virgen; pero hoy me dirijo a Honfleur y encuentro a Nuestra Señora de la Gracia; paso por Rouen y encuentro a Nuestra Señora del Buen Socorro; llego a París y encuentro a Nuestra Señora de las Victorias. Y aun después han inventado Nuestra Señora de la Saleta, Nuestra Señora de Lourdes y no sé cuántas otras. ¡Han hecho mal con tantas invenciones! Si la Virgen fuera una sola, yo cumpliría con el precepto pascual.»

—«Amigo mío, díjole un día el señor Cura, ¿me promete usted cumplir con el precepto pascual si le demuestro que no admitimos más que una sola Virgen Santísima? —Sin duda ninguna, señor cura: palabra de César, pero no me lo probará usted, porque es imposible. —Pues bien, óigame: es muy sencillo. Suponga usted que en este momento una carta del notario de Honfleur le anuncia que un comerciante de dicha ciudad lega diez mil francos a su antiguo cajero César Lenormand. ¿Aceptaría usted? —¡Ya lo creo! Soy yo. —Mañana un nuevo aviso le anuncia que un comerciante de Rouen lega diez mil francos a su antiguo cajero Alejandro Lenormand. ¿Aceptaría usted? —Sin duda: soy yo también. —Pasado mañana un ter-

cer aviso le comunica que un comerciante de París lega otros diez mil francos a su antiguo cajero Luis Lenormand. ¿Aceptaría usted? —¿Por qué no? Soy el mismo. —¿Y por qué aceptaría usted? —¡Toma!, porque siempre sería yo el favorecido. —Es decir, replicó con maliciosa sonrisa el sacerdote, que, aunque haya tenido usted el humor de hacerse llamar con diferente nombre en las distintas poblaciones, César en Honfleur, Alejandro en Rouen y Luis en París, no obstante, ha conservado siempre su apellido patronímico; pues, amigo mío, una cosa semejante pasa con la Santísima Virgen. Como es tesorera y dispensadora de todas las gracias del cielo, según son éstas, así se la nombra con diversos títulos honoríficos en cada uno de sus innumerables santuarios, pero sólo existe una Santísima Virgen. En otros términos: ésta tiene muchísimos nombres, pero un solo apellido. Llame usted, si quiere, nombres de pila a los que nosotros llamamos advocaciones o títulos gloriosos. Lo positivo es que la Virgen Santísima es una sola. Por consiguiente, debe usted cumplir con el precepto pascual... —Señor Cura, tiene razón. Empeñe mi palabra de César: mañana me confesaré.» Y así lo hizo.

(Mes de María del «Peregrino»)

82. Estatua de María respetada por las aguas

El 31 de mayo de 1889, a causa de lluvias torrenciales, un inmenso pantano de cuatro leguas cuadradas, situado cerca de Johnstown (Estados Unidos), rompió de repente sus diques y, escapándose las aguas con violencia inaudita, inundaron aquella ciudad y gran número de pueblos circunvecinos. Como unas quince mil personas perecieron en la catástrofe, con la cual está ligado el hecho verdaderamente prodigioso que vamos a relatar.

En el momento en que la espantosa inundación se desencadenó sobre Cambria-City, se celebra con toda pompa el mes de María; la iglesia estaba llena de fieles, los cuales, al oír el ruido de la corriente que se acercaba, huyeron precipitadamente. En pocos minutos el nivel de las aguas llegó en la iglesia a la altura de quince pies. La inundación hacía estragos en el interior y en el exterior del templo, rompiendo todo lo que encontraba a su paso. Cuando se pudo entrar en la iglesia, se ofreció a la vista el espectáculo de la devastación más completa. Un solo objeto había quedado libre del furor de las aguas. La estatua de la Santísima Virgen, vestida y adornada para los ejercicios del mes, apareció intacta como el día en que se la había colocado.

Las flores, las coronas y hasta el velo de en-

cajes, todo estaba limpio e intacto. Imposible era descubrir allí la menor mancha. Y, sin embargo, las huellas impresas en los muros de quince pies de altura, indicaban a todos que la estatua de la Santísima Virgen, que sólo estaba a tres pies del suelo, había estado sumergida bajo una masa de agua, furiosamente agitada, de doce pies de alto, sin sufrir detrimento. Cuantos vieron la estatua después de la inundación, no pudieron dudar del milagro y confesaron que el hecho tenía algo de sobrenatural. Este prodigio, que pueden certificar muchos testigos, produjo gran sensación en toda América.

(«Mois de Marie», publicado por Paillart)

83. A la conversión por el Rosario

El 10 de marzo de 1615, subía al cadalso, en Glasgow, un sacerdote llamado Padre Ogilvie. Iba a pagar a la horca el crimen de predicar el Evangelio.

En esa hora suprema, puesto en pie sobre el estrado, desde donde dominaba varios miles de espectadores, queriendo dejarles un recuerdo y una prenda de aquella fe por la que moría gustoso, cogió el último objeto que le quedaba, el Rosario, y lo arrojó con mano fuerte en me-

dio de la inmensa multitud. Vino a dar en el pecho de un joven húngaro, calvinista, llamado Juan de Heckersdorff, que viajaba en plan de recreo y se hallaba allí por casualidad. Fue vivísima su emoción.

El recuerdo del Rosario le persiguió por todas partes, hasta que un día abjuró en Roma, a los pies del Sumo Pontífice, de su herejía. Solía repetir que atribuía al Rosario su conversión.

(M. Aramí, «Vive tu vida»)

84. San Juan Macías y el Niño Jesús

Alboreaba el 4 de noviembre del 1632 y, de rodillas ante el altar del Rosario, contemplaba el bajorelieve del Nacimiento de Jesús y le pedía muy de veras bajara a su corazón el Divino Niño. En medio de un gran resplandor, ve a la Virgen, hermosa y radiante, que le presenta al Niño Jesús y le dice: «He aquí al Divino Infante; abrázale, acarícialo con todo tu amor, ya que tanto lo has deseado; Yo soy quien te lo da».

Embargado con tanta dicha y anonadado por su humildad, no se atreve a recibirlo, suplicándole usara con él de misericordia. Este acto de humildad agradó tanto a Dios que, en premio, la Santísima Virgen le alcanzó de su



Hijo que no pudiera desear en adelante otra cosa que a Jesucristo. Tres veces le puso Ella en los brazos al Divino Infante, y otras tantas veces le pareció estar gozando con Él en el Cielo.

85. La unión, fruto del culto de María

Un coronel del ejército francés refiere el hecho siguiente: Herido de un balazo en el muslo, aguardaba yo la llegada de los camilleros. No lejos de mí, yacía uno de mis soldados, con una gran herida en la cabeza. Sacó del bolsillo una crucecita de plata y comenzó a recitar el Ave María en latín. En esto se oyó otra voz más lejana que respondía: *Sancta María Mater Dei*, etc. Mi buen soldado volvió la cabeza y descubrió a otro soldado al lado, herido mortalmente como él. Era un alemán que le miraba con sus grandes ojos azules.

El francés reflexionó un instante y luego alcanzó con la mano el crucifijo a su enemigo, ya casi agonizante. Tomóle el alemán, le abrazó con fervor y se lo devolvió. Ambos se dieron la mano y añadió el uno: —Podemos morir en paz, hemos cumplido con nuestro deber. —Partimos, respondió el otro, para un país en donde el odio no se conoce. Poco después, ex-

halaban su postrer suspiro y entraban ambos en el reino eterno de la paz.

(Reina y Madre)

86. Peregrinaciones a los santuarios de María

San Francisco de Borja, Duque de Gandía, Virrey de Cataluña, íntimo amigo del Emperador Carlos V, y luego humilde religioso, mereció por sus virtudes ser elevado al generalato de los Jesuitas. Era este santo muy devoto de la Virgen de Loreto, y, ya General de la Compañía, estando muy enfermo, recordaba con amor muchas veces aquel Santuario. Arrebatado un día en éxtasis, oyó de labios de la Virgen que allí sanaría, si la visitase: y, por tanto, que podía emprender aquel viaje, aunque pareciera locura a la humana prudencia. Obedeció la indicación de María su humilde siervo, y se dispuso a partir. Los jesuitas todos, los médicos y algunos Cardenales, sus amigos, se oponían unánimes a que partiese. El, que no quería revelar la visión y orden celestial que había recibido, hizo voto de ir, y así, a los que se oponían, les respondía que estaba obligado a cumplir su promesa, aunque muriese en el camino, ya que eso había ofrecido. Bajado en brazos de los jesuitas, sus hijos, fue puesto en una litera.

Cada momento, en su marcha al Santuario, empeoraba visiblemente, y con razón se temía, en el mismo camino, un triste desenlace. Cuando llegó a la colina de donde se divisaba el Santuario, sacó el Santo la cabeza por la portezuela del coche, con gran trabajo, y envió un saludo amoroso a su Madre y Señora de Loreto. Inmediatamente se le vio mejorar, y, llegado al Santuario, afirma su biógrafo, el Cardenal Cienfuegos, halló en sí una nueva juventud y un vigor desconocido.

(Vida del Santo)

87. La cruz, corona de la perfección

Aparecióse cierto día nuestro divino Salvador a Sor Diomira, religiosa de un convento de Florencia, y le dijo: «Piensa en mí y ámame, que yo pensaré en ti y te amaré». Y al mismo tiempo, le ofreció un ramillete de flores, junto con una cruz, para darle a entender que los consuelos de los santos en este mundo van siempre acompañados de la cruz del sufrimiento; y la cruz es como lazo que une al alma con Dios. Bien nos lo da a entender el ejemplo de San Jerónimo Emiliano, el cual, mientras fue soldado, estuvo sumergido en el lodazal de vicios y pecados. Cierta día, los enemigos lo

cogieron prisionero y lo encerraron en una torre. Esta tribulación y la gracia de Dios, que anduvo largo con él, le trocaron el corazón. Se encomendó a María Santísima, y, con el favor y ayuda de esta divina Madre, comenzó a llevar vida santa. Después mereció ver en el Cielo un trono muy glorioso, que Dios le tenía preparado. Fundó la Orden de los Somascos: murió como un bienaventurado, y la Iglesia ha inscrito su nombre en el Catálogo de los Santos.

88. Yo quería hablar de la Virgen

«Vosotros, los católicos, tenéis una Madre a quien recurrir. Es muy triste que nosotros, teniendo a Jesús, no la tengamos a Ella». (De la alocución de un obispo metodista ante la T. V. independiente inglesa, el 25-X-1959).

El obispo de la Televisión americana, monseñor Fulton Sheen, invitó una vez a Luis Budenz, director del periódico Daily Worker, a cenar juntos en un bar y a cambiar impresiones sobre puntos de vista controvertidos entre el marxismo y la Iglesia.

Al iniciarse la conversación, salió a colación el tema de la Constitución soviética; pero monseñor cambió súbitamente el rumbo del diálogo.

«No. Yo no he venido para que discutamos la Constitución rusa. Yo quería hablar con Vd. sobre la Virgen María».

Durante hora y media, en un ángulo oscuro, Fulton Sheen explicó a Budenz lo que la fe católica enseña acerca de la Madre de Dios.

Terminado el coloquio, se despidieron amigos.

Monseñor, a partir de aquel momento, rezó más intensamente por Luis Budenz.

Algunos años más tarde, el obispo de la Televisión fue llamado para instruir en la fe católica a todos los miembros de la familia del que fue interlocutor en la penumbra nocturna de una bar.

(Jesús Cánovas Miñano)

89. A la fe por María

Durante el invierno de 1862, un profesor de universidad, alemán y protestante, el Dr. Gustavo Bickel, sabio orientalista, hallábase en Londres ocupado en copiar algunos poemas inéditos de San Efrén, Doctor de la Iglesia, que vivió a primeros del siglo IV. Estos poemas están llenos de elogios a la Santísima Virgen y celebran, entre otros privilegios suyos, el de su Inmaculada Concepción.



Al recorrerlos el sabio orientalista alemán, hízose esta reflexión: Si a primeros del siglo IV las creencias marianas eran ya en la Iglesia las mismas que profesan en la actualidad los católicos, el protestantismo que las rechaza, no puede ser la religión verdadera.

Estudió a fondo la cuestión, y, poco después, en 1865, abrazaba el catolicismo. Dos años más tarde, era ordenado de sacerdote y celebraba su primera Misa en el altar mayor de la antigua abadía benedictina de San Bonifacio de Fulda.

(Oberhammer)

90. Suavidad del nombre de María

A. Marsilio, obispo de Tuscia, que estaba en la iglesia de San Severino de Colonia, afirmó una noble y piadosa matrona que jamás pronunciaba el nombre dulcísimo de María sin llenarse su boca y corazón de una dulzura y suavidad inefables. Admirado Marsilio de un regalo y favor tan singular, le preguntó la causa y respondió que tenía por devoción y costumbre rezar cada día cincuenta Avemarias, con otras tantas reverencias y venias, delante de la Santísima Virgen, de quien había alcanzado esta merced, que la saliva de la boca le

parecía y hallaba sabrosa más que la miel, mientras estaba rezando su devoción.

El propio Marsilio deseó experimentarlo en sí; y, apenas había hecho la misma devoción por espacio de seis semanas, cuando sintió en su boca, paladar y garganta, tan grande suavidad y dulzura, que la miel le parecía desabrida en comparación de la dulzura que sentía rezando su devoción; y lo mismo, dice, aconteció a otro religioso de la Orden del Cister.

(Reina y Madre)

91. Espigas marianas

En una emboscada de la guerra europea del año 1914, cae prisionero Jacques Rivière en manos de los alemanes. En su calabozo reinaban impenetrables las tinieblas; pero las de su alma eran más densas y tétricas.

Materialista hasta la última consecuencia, hasta se complacía en sus dudas religiosas. «Me complazco en... no encontrar nunca mi respuesta», decía.

Pero la que es Redentora de cautivos bajó un día hasta su prisión y rompió sus cadenas.

«Ayer tarde, escribe, rezando la Salve Regina, hice uno de esos descubrimientos felices que se hacen de cuando en cuando en las ple-

garias; una de sus frases, escrita para mí y pronunciada hasta entonces sin reparar en su sentido, de súbito ha desleído sobre mi boca toda su dulzura: «Y, después de este destierro, muéstranos a Jesús...»

Rotos sus grilletes y disipadas sus tinieblas, fue un intrépido paladín de la causa católica.

* * *

Enrique Lacordaire fue el más grande orador del siglo pasado. Su fama de eximio predicador llenó la tierra. Sus sermones en Notre Dame de París, constituían el acontecimiento más trascendental del catolicismo francés, por aquellos años. La Orden dominicana lo cuenta entre sus más gloriosos hijos, por la gloria que redundó al hábito y por haber restaurado muchos conventos.

Pero antes de ser una gloria de Santo Domingo, había sido una gloria del racionalismo y de un intransigente liberalismo.

No obstante, la Virgen lo atrajo. Toda su vida fue un continuo himno a María, cuyas estrofas moduló, desde el púlpito de Notre Dame y el confesionario, en todos los momentos de su vida y en su dulce muerte.

(Fr. Evaristo de la V. del Carmen)

92. Hermosa consagración

Meditemos el contenido de esta plegaria, compuesta por el famoso misionero capuchino, Padre Isidro de Sahagún, que en gloria esté:

¡Oh Señora y Madre mía!
Con filial cariño vengo
a ofrecerte en este día
cuanto soy y cuanto tengo.
Mis ojos para mirarte,
mi voz para bendecirte,
mi corazón para amarte,
mi vida para servirte.

Acepta, Madre, este don
que te ofrenda mi cariño
y guárdame como a un niño
cerca de tu corazón.

Y aunque el dolor me taladre
y haga de mí un crucifijo,
que yo sepa ser tu hijo,
que sienta que eres mi Madre.

En la dicha, en la aflicción,
en mi vida, en mi agonía,
mírame con compasión,
no me dejes, Madre mía.

93. La Virgen y los soldados

Un comandante del ejército refirió al P. Crasset que, después de una batalla, encontró tendido en el campo a un soldado que tenía en la mano un rosario y un escapulario, y que a grandes voces pedía un confesor. Una bala de mosquete le había atravesado la cabeza, entrando por la frente, de tal manera que se le salían los sesos por entrambas heridas; naturalmente hablando, no podía vivir. Sin embargo, tuvo fuerzas para levantarse y confesarse con el Capellán con grande arrepentimiento, y, una vez recibida la absolución, expiró.

El mismo autor añade que el mismo comandante le refirió que un corneta de su compañía había recibido un pistoletazo. Y cuando fue a examinar la herida que en el pecho le había causado, halló que la bala se había incrustado en el escapulario de la Virgen que llevaba puesto, sin haberle causado ninguna contusión. El comandante tomó la bala y la mostró a todos los presentes.

*(«Las Glorias de María»,
por San Alfonso M.^a de Ligorio)*

94. No todo está perdido

Se cuenta de una de las representaciones más famosas de la Pasión que se hacen en el mundo: la de Oberammergau. Ocurrió el hecho durante la escena del remordimiento y desesperación de Judas.

Miles de personas asistían al espectáculo, que se desarrollaba al aire libre. Judas sentía amargamente su traición, pero el sumo sacerdote se burlaba de él. Entonces el traidor empieza a considerar la posibilidad del suicidio. Se lamenta:

—¿Adónde podré ir? ¡Todo está perdido!

El auditorio observa en sobrecoigido silencio la marcha de Judas, que se aleja desesperado. De pronto, se oye la vocecilla de una niña:

—Mamá, ¿por qué no va a ver a la Virgen?

(F. H. Drinkwater, «Historietas catequísticas»)

95. El Avemaría del moribundo

En medio de la noche fui despertado por la campanilla de mi teléfono.

—Padre, venga inmediatamente. Hemos tenido un accidente ferroviario y un joven se está muriendo. Por favor, venga pronto.

Inmediatamente me levanto y tomo mi va-



lija para enfermos, que conservo siempre lista. A los diez minutos estaba en la casa desde la cual se me había llamado.

—Pronto, padre —me dice la enfermera—; está agonizando.

Pero penas había dado principio a las preces de ritual, cuando el joven recobró el sentido. Se confesó en medio de sollozos. Lo preparo a recibir la santa unción, cuando me doy cuenta de que, al cerrar la puerta de mi casa, había olvidado en el umbral mi cartera para enfermos.

—Es inútil ir a buscarla —me dicen las enfermeras—, a los dos minutos está muerto.

Sin embargo, voy; y mientras me apuro, suplico a Dios y María Santísima que me conserve a mi enfermo en vida hasta mi regreso.

A los diecisiete minutos me hallaba nuevamente al lado de mi moribundo, quien, con sorpresa general, conservaba todo su sentido, y, en medio de una dulce paz, parecía olvidar sus sufrimientos. Me inclino hacia él y me dice:

—Padre, la Sagrada Comunión; quisiera recibir la Sagrada Comunión.

Providencialmente había traído conmigo las Sagradas Formas, a pesar de mi poca esperanza de encontrarlo todavía con vida.

Después de algunas piadosas palabras de consuelo y aliento que el Señor inspira en tales

casos a sus sacerdotes, le pregunté si tenía alguna práctica de devoción preferida.

—Sí, padre —me contestó—; antes de abandonar a los míos prometí a mi madre que nunca me entregaría al sueño sin haber rezado tres Avemarías para implorar la gracia de una buena muerte y de mi salvación. Y aunque disto mucho de haber sido un buen cristiano, no he dejado un solo día de cumplir con mi promesa; hoy mismo tenía ya rezadas mis tres Avemarías antes de ser atropellado por el tren.

Recibió el santo viático y la santa unción con las muestras del más vivo arrepentimiento.

Repetía a menudo: «Jesús y María, os amo con todo mi corazón».

Al final de los sagrados ritos, me miró como llamándome; y, tendiéndome la única mano que el tren le había dejado, me dijo:

—Padre, esto lo hará saber a mi madre.

Luego cerró los ojos, en el gran recogimiento que suele preceder las muertes santas; pero pude oír esta súplica que sus labios moribundos se esforzaban por articular: «Jesús mío, gracias».

96. Santo Tomás de Aquino

Santo Tomás de Aquino fue sobre todo devotísimo de María Santísima y empezó tan

temprano a serlo, que se puede asegurar nació con él esta devoción. Un día la nodriza que le criaba vio que tenía un papelito en la mano y ella se lo quería quitar. Pero el bendito niño, echándose a llorar, se resistió tanto que el ama tuvo que dejárselo.

Hallábase presente su madre, llamada Teodora, y, movida por la curiosidad, quiso saber lo que contenía aquel papelito, y a la fuerza se lo arrancó de su tierna mano. Abriólo y vio en él escritas estas palabras: *Ave, María*. El niño entretanto lloraba amargamente y, para acallarle, su madre se lo devolvió. Entonces Tomasito se lo metió en la boca y lo tragó. Todos los que presenciaron o supieron después este rasgo comentaron que Tomás sería muy devoto de María Santísima y, por cierto, que no se equivocaron.

Como la verdadera devoción a María consiste en abstenerse de todo pecado y en imitarla en sus virtudes, Tomás se abstuvo de todo pecado, singularmente de impureza, no obstante haberse hallado en la tentación más grande en que puede hallarse un joven. La imitó en todas las virtudes y de un modo muy particular en la humildad, obediencia, castidad, mansedumbre y caridad. Era aplicadísimo al estudio y lo hacía tan piadosamente, que jamás escribía o estudiaba que no empezase y diese fin por la santa oración. En sus dudas y

dificultades, siempre acudía a María Santísima, y esta buena Madre, que es la dispensadora de todas las gracias y misericordias, le concedió tales conocimientos como se pueden ver en las innumerables y profundísimas obras que nos ha dejado escritas.

(Reina y Madre)

97. San Cirilo, obispo de Alejandría

Defensor invicto de la divina Maternidad de María fue el glorioso San Cirilo, obispo de Alejandría, cuyas virtudes han sido proclamadas por el testimonio de personas privadas y por los Concilios de Efeso y Calcedonia. Este santo Pastor ardía en la devoción a María Santísima y en celo por la salvación de las almas. Trabajó lo indecible por preservar a su pueblo de funestos errores y herejías que pululaban en Oriente contra la Encarnación del Verbo y la Madre de Dios.

San Cirilo fue enviado por el Sumo Pontífice San Celestino a presidir el Concilio de Efeso. En este Concilio se condenó la herejía de Nestorio y se proclamó la divina Maternidad de María. En aquella circunstancia, él compuso una hermosa oración en honor de la Virgen Madre, que fue recitada por todos.

No es de extrañar que se atrajera las iras de los adversarios y le arrojaran de la sede episcopal. El, gloriándose de sufrir por la verdad, continuó defendiendo con la palabra y con la pluma el dogma de la divina maternidad de María. La Virgen no dejó de recompensar a su fiel siervo con abundantes gracias y con el regreso a la sede, adonde fue triunfalmente acogido por su pueblo y donde murió en el ósculo del Señor el 28 de enero de 444, volando su alma a ver a la Madre de Dios, a quien tanto había venerado y defendido en vida.

98. María Madre de la Iglesia

Así se declaró en el Concilio Vaticano II. El intento moderno de desvalorizar a María, parece inspirado por Satanás.

Dijo el Cardenal Ottaviani, en el Congreso Internacional Mariano de Lourdes de 1958, que «en ninguna época han sido las apariciones (de la Virgen) tan espléndidas como en nuestros días».

Estamos en la ERA DE MARÍA. Ella, nuestra Madre, acude solícita a remediar la peligrosa actividad descristianizadora y desmoralizante de nuestros días.

Sólo la confusión de los tiempos presentes —*la hora de tinieblas* de que habló Pablo VI—,

puede haber inducido a tantos cristianos a caer en el increíble engaño de tener casi por superstición la devoción a la Virgen, que habían mamado desde niños.

99. Para ahuyentar al demonio

La Santísima Virgen reveló a Santa Brígida que no hay pecador tan tibio en el amor divino que, invocando su nombre (María) con propósito de enmendarse, no ahuyente de sí al demonio. Y se lo confirmó diciendo que los demonios de tal manera respetan y temen su Nombre que, al oírlo pronunciar, desprenden del alma las uñas con que la tenían asida.

Nada hay más dulce a las almas santas, ni más provechoso a las pecadoras, que juntar estos dos Nombres, JESÚS-MARÍA, y pronunciarlos e invocarlos a menudo con toda devoción.

¡Jesús, María, os amo! Salvad almas.

100. «Señor Cura, quisiera confesarme...»

De cierta ciudad francesa llegó a Lourdes una peregrinación. Uno de los viajeros era un trabajador de vigorosa apariencia, llamado Etienne (Esteban), incrédulo y escéptico. Ha-

bía él llegado con un grupo de visitantes en viaje turístico, «para presenciar con sus propios ojos la superstición».

Ya en Lourdes, iba a todas partes con los demás, pero en lugar de unirse a sus cantos y plegarias, iba y venía de un lado para otro con las manos metidas en los bolsillos, sonriendo con ironía ante aquellas escenas de piedad.

Por la tarde, cuando la peregrinación se hallaba formada para tomar parte en la procesión de los enfermos, el párroco estaba buscando a alguien que llevara el estandarte de la Parroquia. Consistía éste en un gran lienzo, enastado, con el nombre de la iglesia en un lado y el Crucifijo, pintado, en el anverso.

En la agitación y tumulto del caso, el sacerdote tomó a Etienne por un brazo, y le dijo:

—Usted es el hombre que necesitamos. Un hombrón tan fuerte es el indicado para llevar nuestra enseña...

Y antes de que aquel hombre tuviese tiempo de contestar, ya se encontraba sosteniendo el pendón, mientras que alguien más piadoso le quitaba el sombrero.

Con indiferencia, se encogió de hombros. Había ido a Lourdes por broma y debía seguirla hasta el final. Con una mueca cínica se puso en cabeza, delante del párroco que dirigía los cánticos.

No había transcurrido mucho rato cuando

el sacerdote advirtió que el portador del estandarte parecía agobiado por el calor. Se acercó a él para decirle que inmediatamente iban a relevarlo, pero él rechazó el ofrecimiento tan rudamente, que el párroco, perplejo, reanudó sus cánticos, pensando quién podría ser aquel hombre.

Sin embargo, muy pronto circuló entre la gente el rumor de que el portador del estandarte parecía enfermo. El sacerdote se dirigió de nuevo al comienzo de la fila: nuestro hombre estaba pálido y angustiado y el sudor y las lágrimas resbalaban por su curtido rostro. Hizo entonces una indicación a otro hombre para que se acercara y, tocando en el brazo a Etienne, le dijo:

—Amigo mío, deje que otro lleve el estandarte...

—¡Estandarte! ¡Y llama a esto estandarte! —murmuró Etienne—. He llevado a Cristo con su cruz, y sus padecimientos han destrozado mi corazón. No, no; he de llevarlo hasta el final. Terminaré mi calvario, y luego, por favor, señor cura, quisiera confesarme...

¿Una conversión debida a la intercesión de María? Muy posiblemente...

101. Una ventana al norte

Todos tenemos una ventana al norte y, a veces, una galería. Hagamos por cerrarlas cuando sintamos el huracán de todo aquello que ofenda a Dios.

Sucedió en un pueblo de Castilla. Una joven educada cristianamente y muy agraciada, tuvo que ir a servir a la capital más cercana. Allí fue cazada por un acaudalado gitano que la convirtió en una celosa propagandista de la secta de «Los Testigos de Jehová». Vuelta al pueblo, se creyó poderosa de arrollar a la juventud y a sus mismos padres y de atraerlos a su nueva religión. ¿Qué es eso de ir a misa y rezar el Rosario? No le salieron las cuentas como deseaba.

Un día le mandaron sus padres a regar unas legumbres a bastante distancia, en donde no halló a nadie. De pronto se desata una fuerte tormenta y aguacero, cuanto le dio tiempo para cobijarse en el hueco de un castaño. La tormenta arrecia y comienza a temblar de pies a cabeza, se acuerda de aquellas noches tranquilas en que sus padres le hacían dirigir el santo Rosario antes de cenar en aquella pobre y limpia cocina, y comenzó a rezarlo por los dedos. Un trueno fuerte le hace exclamar: ¡Jesús, María y José sean mi ayuda! al tiempo que un rayo desgaja el castaño de arriba abajo, de-

jándola a la infeliz tendida en el suelo sin conocimiento. El rayo no la tocó, pero hirió de muerte a sus nuevas creencias, siendo, después, modelo de esposas y propagadora infatigable del santo Rosario.

102. «Con María todo es posible»

En familia debe practicarse cada día la devoción del Santísimo Rosario. Este es el medio más seguro de atraer sobre ella las bendiciones del cielo por intercesión de María Santísima, Madre de Dios.

El padre debe ser el sacerdote de este culto familiar.

La esposa, los hijos y dependientes deben formar, en torno a él, una como feligresía de devotos de Nuestra Señora.

De este modo, cada hogar se convertirá en un santuario dedicado a ella, presidido por su imagen bendita, perfumado con sus oraciones y amparado por su protección.

El Rosario es el tren del cielo, tren de la eternidad, tren rápido y de facilísimo acceso para todos. Quienes a él se acogen para hacer el ineludible viaje del tiempo a la eternidad, estarán seguros de llegar a su destino, sin riesgo.

¡Ruega por nosotros pecadores, Madre, ahora y en la hora de nuestra muerte!

Recuerda esta preciosa palabra de un navegante famoso, Juan Sebastián Elcano, pronunciadas a su regreso de la navegación que dio la vuelta al mundo por primera vez. Como muchos le felicitasen por el triunfo de su arriesgada empresa, contestó:

«Con María todo es posible. Sin María todo se malogra».

103. Los tres espejos

Una joven de piadosos sentimientos, pero que, de cuando en cuando, daba lugar en su alma a la vanidad y a la ambición, desde el colegio en que se educaba, escribió a su mamá pidiéndole un espejo como premio de su buen comportamiento y de las calificaciones obtenidas. La madre, que amaba a su hija como buena cristiana, no creyó oportuno negar el favor que se le pedía; pero, al mismo tiempo, quiso dar a su hija una lección afectuosa que le corrigiese el repugnante defecto de la vanidad. En este sentido, le escribió así:

«Queridísima hija: Ahí te mando el espejo que me pides, sólo que... en lugar de uno van tres.»

¿Tres? Dijo la joven levantando los ojos del

papel. ¿Qué querrá decir?... Después, prosiguiendo la interrumpida lectura, vio que decía: «En el primero verás lo que eres, en el segundo lo que serás, en el tercero lo que debes ser». La joven se quedó perpleja, y, leído que hubo la carta, entregóse a mil conjeturas, pero sin el menor resultado. ¡Hubo, pues, de resignarse a esperar, no obstante y ser esto muy enojoso a los dieciséis años! Entretanto, fatigábase contando los días, las horas, los minutos que iban transcurriendo desde que recibió la carta hasta tener en su mano el envío anunciado. Mas he aquí que, al fin, después de tres días larguísimo, que a ella se le antojaron siglos, recibió un paquete. Ya en posesión de él, fuese corriendo a sus habitaciones, y al verse sola, lo abrió con impaciencia. A poco de empezar a desenvolver el paquete, toparon sus ojos con un objeto muy envuelto y rotulado con el número 1. Desenvolviólo con sumo cuidado, mientras que su corazón le latía violentamente, y vio... un modesto pero fiel espejo, el cual, según la promesa de su madre, mostrábale lo que era: su juventud, sus gracias y los encantos de la primavera de la vida. ¡Qué buena es mi mamá!, exclamó la hija, y gozosa, radiante de júbilo, contemplóse una y otra vez delante del espejo.

Pero ¿qué cosa podía encerrarse en el segundo envoltorio, mucho más pesado que el

primero? Abriólo con ansiedad y encontróse con un cráneo pintado, imagen fidelísima también de lo que sería ella misma en un mañana más o menos lejano. La vista de aquel objeto no pudo menos de excitar en su mente graves reflexiones, y, cayendo en la cuenta de la lección que quería darle su madre, detúvose en el segundo espejo mucho mayor tiempo que en el primero.

Quedábale todavía por abrir el tercer envoltorio; pero, aleccionada por lo que halló en el segundo, sus manos temblorosas titubeaban. Al fin se decidió a hacerlo... cuando he aquí que, de súbito, escapóse de sus labios un inmenso grito de júbilo. ¡Contenía el tercero, envuelta en finísimo lienzo, una espléndida estatua de María Inmaculada!

—He aquí lo que debo ser, exclamó, esto seré con la gracia de Dios; y, postrándose de rodillas en tierra, oró largamente. Yo no sé si, desde aquel instante, nuestra joven consultó todavía al primer espejo; lo que sí sé es que siempre más tuvo delante de los ojos el segundo y el tercero. Y cuando su alma sentíase desfallecer de terror a la vista del segundo, levantaba los ojos al tercero, renaciendo de nuevo en su alma el valor, la esperanza y la alegría.

Levantemos también nosotros el pensamiento y el corazón hacia María. ¡Mirémosla tan hermosa y tan pura! Tomemos sus virtudes

por espejo. De esta suerte, conoceremos lo que debemos ser, y, gracias a su protección, llegaremos a serlo realmente. No hay otro medio para ser dignos hijos de tal Madre.

(«*La Virgen Madre de Dios y la Vida Cristiana*». José Perardi, Pbro.)

104. Alma que sufres

«No creas jamás que porque tu vida se vea colmada de dolores y penas, Dios te ama menos, antes al contrario.

A nadie ama Dios tanto como a su Madre Santísima, y mientras vivió su vida mortal, toda ella fue de ejercicio de toda clase de virtudes en la pobreza en que vivió y en tantos sufrimientos como tuvo que soportar, sobre todo en el recuerdo constante que tenía del destino final de aquel Hijo que había de ser martirizado y crucificado por amor de sus hermanos. Que esto, alma que sufres, te sirva de consuelo, y ofrece a tu Madre del cielo tus dolores, para la mayor extensión del reino de su HIJO en la tierra.»

105. Poder de una lágrima

Lo cuenta el escritor clásico Plutarco. Antípatro escribe a Alejandro Magno, su emperador, una carta en la que acusa gravemente a Olimpia, la madre de éste. Alejandro lee la carta y luego dice a sus cortesanos sin inmutarse:

—Pero ¿ignora Antípatro que una lágrima de mi madre puede borrar mil cartas de acusación como ésta?

Podemos considerar el valor de una palabra de la Virgen María ante su Hijo. Ella es «Abogada nuestra».

(I. Segarra, «Anécdotas marianas para hacer oración»)

106. Una idea de Juan XXIII sobre el Rosario

Un comentario de este Papa a propósito de quienes se excusan de practicar la devoción mariana por excelencia —el Santo Rosario—, en base a que con facilidad puede entrar la monotonía: «el peor Rosario es el que no se reza».

Y una explicación de interés:

«Pero en el Rosario... idecimos siempre lo mismo! ¿Siempre lo mismo? ¿Y no se dicen

siempre lo mismo los que se aman?... ¿Acaso no habrá monotonía en tu Rosario, porque en lugar de pronunciar palabras como hombre, emites sonidos como animal, estando tu pensamiento muy lejos de Dios?»

(J. Escrivá de Balaguer, «Santo Rosario»).

107. Que estés tu allí

Yo no sé si moriré en una cama, con mi familia y con todos mis seres queridos junto a mí... Pero yo quiero que estés Tú allí, Virgen de los Dolores.

No sé si moriré después de una operación, rodeado de médicos... Pero yo quiero que estés Tú allí, Madre.

Tampoco sé si moriré de un ataque al corazón durante una noche, estando solo en mi lecho, sin poder encender la luz, ni llamar a nadie, sin poder confesarme... Pero yo quiero que estés Tú allí, Madre mía, para ayudarme a bien morir.

Quiero hacer en vida muchas veces el acto de contrición, para saberlo hacer bien en punto de muerte.

108. Hasta visiblemente

La Virgen Santísima protege y ayuda a sus verdaderos devotos, a veces hasta de un modo visible.

Cuando San Antonio de Padua llegó a su hora postrera, luego que hubo recibido los santos Sacramentos, la celestial Señora se le apareció y le consoló mostrándole su divino Hijo, que le sonreía y le alargaba los brazos...

El sabio jesuita P. Suárez, devotísimo de María y que llegó a decir que daría toda su ciencia (que era inmensa) por el mérito de una *Ave María*; en sus últimos momentos repetía: «Nunca pensé que fuese tan dulce morir».

San Juan de Dios, estando para morir, esperaba la visita de la Santísima Virgen. Viendo que no se presentaba, se querellaba tristemente. Mas cuando llegó su hora, se le apareció la divina Madre, quien, reprochándole su poca confianza, le dirigió estas hermosas palabras: «Yo no abandono a mis devotos en la hora de su muerte».

San Jerónimo asegura que María no se contenta con asistir a sus devotos en la última hora, sino que sale al encuentro de sus almas, y Ella misma las presenta e intercede ante su divino Hijo.

«¡Ah, qué dicha! —exclamaba en su lecho de muerte San Francisco de Regis—; ¡cuán conten-

to muero!: veo a Jesús y a María que vienen a visitarme para conducirme a la patria feliz».

Para poder merecer nosotros tan señalado favor, procuremos imitar a los santos en su amor y devoción a la Virgen Santísima, en la práctica de las virtudes y en procurar que los demás la conozcan, amen y sirvan como fieles hijos.

109. Con Ella, todo

Hojeando la biografía de San Juan Bosco, uno se persuade de que María Auxiliadora fue el alma, el centro, el *todo* de la obra gigantesca realizada y sostenida por el humilde pastorcillo de Becchi. El mismo lo confesaba con palabras que ponen de relieve su profunda humildad.

«Yo no hago nada. Es María Auxiliadora quien obra tantos prodigios. Sin Ella, ¿qué sería Don Bosco? Un pobre cura de aldea, perdido en el último rincón de los Alpes.» ¡Así hablan los Santos! Por María Auxiliadora él recoge a los rapazuelos de Turín; los alberga en colegios; funda la Congregación Salesiana y después el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora; sana a miles de enfermos, resucita muertos, vuelve almas descarriadas al buen camino, propaga la buena Prensa, envía Misio-

neros y educadores por todo el mundo; millares de niños, de jóvenes, de adultos le llaman Padre y Apóstol; y la Congregación Salesiana, la última en edad, pero no en celo y entusiasmo por la santa causa del Señor, libra batallas espirituales contra los eternos enemigos de las almas.

«Sin María Auxiliadora, nada; con Ella, todo», decía Don Bosco.

110. Camino seguro

Cuando estamos ante la imagen de la Virgen Santísima y miramos sus ojos purísimos, nos parece sentir que se levantan en nuestro pecho las fuerzas más nobles del alma.

Al ver a la Virgen Madre coronada de estrellas, siento un deseo, una nostalgia, un anhelo indecible por llegar a ser bueno, dulce, puro.

Pero el culto a María, ¿no mengua acaso el honor que hemos de rendir a Nuestro Señor Jesucristo? ¡De ninguna manera! El culto a María va paralelamente con el culto a Jesucristo, porque ¿cómo puedo respetar al Hijo, si no rindo homenaje a su Madre? No hay que temer: por mucho que honremos a María, no podemos honrarla tanto como el mismo Dios, al escogerla para Madre de Nuestro Señor Je-

sucrismo. Bien sabemos que toda la bondad y toda la hermosura de María son dones de Dios. Por lo tanto, todas las alabanzas que a Ella tributemos, las tributamos al Señor. Por eso, nos enseñan los teólogos que todo el honor tributado a la Madre, redundará sin duda en gloria del Hijo.

Ésta ha de ser nuestra divisa: A Jesús por María.

111. San Dionisio Areopagita

Con motivo de la persecución levantada en Jerusalén contra los fieles y discípulos de Cristo, en la que murió apedreado San Esteban, esparciéronse algunos a diversas provincias y algunos llegaron a España, donde dijeron tantas grandezas de una mujer virgen, que había sido Madre de Dios, encarnado para la redención del mundo, que muchos, dejando sus casas, se fueron a ver aquel milagro de gracia; y no hay duda, sino que de otras provincias hicieron otros la misma peregrinación.

Uno de estos fue San Dionisio Areopagita, que, dejando su patria y casa, hizo un largo camino por sólo ver a la que tanto había oído alabar a San Pablo; y, luego que la vio, quedó tan pasmado y fuera de sí, que la hubiera adorado como a Dios, si no le dijera la fe lo con-



trario y no se lo hubiera enseñado su maestro San Pablo.

Y así, en una carta que escribe al mismo Apóstol, agradeciéndole que por su consejo y con el favor que le había dado para San Juan Evangelista, había llegado a ver a María, dice esto: —«Digo la verdad delante de Dios, que no creí que, fuera de Dios, se podía tener ni entender por hombre alguno lo que yo vi, no sólo con los ojos del alma, pero con los del cuerpo. Porque miré y remiré y con mis propios ojos a la deiforme y mayor sobre todos los espíritus celestiales, la Madre de Cristo Jesús, Señor nuestro; a la cual la benignidad de Dios y la autoridad de la cumbre apostólica y la clemencia inagotable de la misma Virgen Santa, me permitió ver. Digo y confieso otra y más veces delante de la omnipotencia de Dios y de la clemencia del Salvador y de la gloria y de la majestad de la Virgen su Madre, que, cuando San Juan, cumbre del Evangelio y de los profetas, que, aun habitando en su cuerpo resplandece como un sol en el cielo, me llevó a la deiforme presencia de la altísima Virgen, fue tanto lo que su resplandor divino e inmenso me hirió por defuera, o interiormente me llenó de mayor luz, y tan grande la fragancia de todos los olores y aromas, que me cubrió todo y ni el cuerpo miserable ni el espíritu podían sufrir tantas muestras de la eterna felicidad. Des-

mayóseme el corazón; desmayóseme el espíritu, oprimido con la gloria de tan gran majestad. Pongo por testigo a aquel Dios que estaba con la Virgen, que creyera que era Ella Dios verdadero, si no me hubiera enseñado otra cosa su divina doctrina, porque parecía que no se puede ser mayor la gloria de los bienaventurados que aquella bienaventuranza que yo, desdichado ahora, pero entonces dichoso, gusté. Gracias doy a Dios omnipotente y bonísimo y a la divina Virgen y al eminentísimo Apóstol Juan y a ti, cumbre y príncipe de la Iglesia, por quien alcancé tales cosas.»

(Nieremberg)

112. Hermosura celestial de María

Graves autores refieren que un clérigo devotísimo de esta Señora, deseoso de ver su hermosura, que tanto se encomia en la Sagrada Escritura, pidió con instancia a la Virgen que se la dejase ver. Fuele revelado por un ángel que la Virgen le vendría a ver y mostrársele, pero que advirtiese que no podría sufrir tan hermoso espectáculo sin quedar ciego: pues no era conveniente que ojos que hubiesen mirado a la Reina de los cielos, mirasen otra cosa de la tierra. El devoto clérigo, que se moría de an-

sias y deseos de ver a esta Señora, dijo que no le importaba quedar ciego.

Mas después advirtió que, si perdía la vista totalmente, le sería fuerza pedir limosna de puerta en puerta, porque no tendría con qué sustentarse: y así le pareció que sería buena traza abrir solamente un ojo, guardando el otro, para no carecer así ni de la vista de la Virgen, ni sentir el daño de la pobreza. Hízolo de esta suerte; mas apenas se le apareció la hermosa entre las hijas de los hombres, María, llena de una inestimable claridad y luz, cuando el goloso de aquella hermosura no pensaba, quiso abrir el ojo que tenía cerrado para gozar más de aquella hermosura estupenda; lo cual sólo sirvió para llorar el no haberle perdido, a trueque de no poder contemplar más todavía a quien desean ver los mismos ángeles, porque desapareció luego María.

Quedó muy desconsolado de haber reparado en su pobreza y en los bienes del mundo y de no haber perdido ojos y vida por ver más a la Virgen; y decía entre sí: —«Ojalá todo yo no fuera sino ojos, ojalá todos los miembros y coyuntura de mi cuerpo fuesen otros tantos lincees para ver de nuevo a María»; y pidiendo a esta Señora con suspiros del corazón que se le dejase ver otra vez, que de buena gana quería perder la vista que le quedaba y no ver cosa más de la tierra, la Virgen benignísima le con-

cedió lo que pedía; y, mostrándosele tan hermosa como antes, no sólo no le privó de la vista, sino que le restituyó la que en un ojo había perdido. Tan tierna y tan amiga de hacer bienes es María.

(*Reina y Madre*)

113. Los ojos de la Virgen

El Fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, relata en una de sus homilías (*Es Cristo que pasa*, 139) cómo hizo en 1935 una romería a una conocida ermita de la Virgen de las cercanías de Avila. Era un acto íntimo: iban sólo tres personas, para ofrecer su cariño a María Santísima.

«En aquella romería a Sonsoles conocí el origen de esta advocación de la Virgen. Un detalle sin mucha importancia, pero que es una manifestación filial de la gente de aquella tierra. La imagen de Nuestra Señora que se venera en aquel lugar estuvo escondida durante algún tiempo, en la época de las luchas entre cristianos y musulmanes en España. Al cabo de algunos años, la estatua fue encontrada por unos pastores que —según cuenta la tradición— al verla comentaron : *¡Qué ojos tan hermosos! ¡Son soles!*

114. Leyenda bretona

Según una antigua leyenda bretona, un joven se enamoró perdidamente de una mujer caprichosa y despiadada, la cual exigió al amante, como prueba de un amor rendido, nada menos que el corazón de su propia madre.

El joven mató a la madre y le arrancó el corazón. Yendo de camino con él en la mano, tropezó con una piedra y cayó. El corazón rodó por el suelo. Al agacharse para recogerlo, el hijo oyó una pregunta solícita que provenía de aquel corazón chorreando sangre:

—Hijo, ¿te has hecho daño?

La leyenda habla del amor de la madre. Uno se imagina el de la Madre del Cielo por cada uno de sus hijos...

(C. Montserrat, «Ejemplario Catequístico»)

115. Torrente de felicidad

Se cuenta de Santa Catalina de Bolonia que, estando moribunda, vio en éxtasis la gloria del Cielo. Contempló a Jesucristo rodeado de los ángeles y santos, despidiendo todos un fulgor más luminoso que el Sol. Junto al trono del Redentor, vio a la Santísima Virgen eclipsada.

sando en hermosura a los demás bienaventurados; y ante el trono, estaba el profeta David en actitud de cantar. Santa Catalina, vuelta en sí del éxtasis, pidió un laúd y comenzó a tocar y cantar maravillosamente, ella que ignoraba el arte de la música.

Si el torrente de felicidad que alegra la ciudad de Dios con sólo unas gotas que a veces deja caer sobre el alma de los justos en esta vida, los transforma tan milagrosamente, ¿qué será cuando todo este torrente de delicias anegue por toda la eternidad? Que el pensamiento de la gloria del Cielo nos estimule a prepararnos la gran felicidad.

El recuerdo de los goces y de la inmensa paz y alegría de la bienaventuranza, dará consuelo a los enfermos, a los atribulados, a los pobres, a los que en este mundo participan de la Cruz de Cristo.

116. El soldado caritativo

Corría el año 1826. Un bizarro militar que estaba de guarnición en Metz de Lorena, encontró un día en la esquina de una calle a un niño de nueve años que lloraba a lágrima viva, y le preguntó: —«¿Por qué lloras, niño? —Porque soy muy desgraciado, respondió el niño. —¿Qué te pasa, pues? —Hace dos días per-

dí al padre y a la madre, no me queda nadie más ni sé que hacer. —¿Es eso cierto? —¡Oh! sí, señor; escriba usted al señor cura y le dirá lo mismo.»

El generoso soldado, movido a compasión, coge al niño de la mano y le conduce a un honesto albergue, paga por adelantado, y dice: —Guardadme este niño y cuidadle. Escribe en seguida al párroco, el cual le responde: —Desgraciadamente es cierto que ese niño ha quedado huérfano de padre y madre. Enviádmelo; quizás halle alguna alma caritativa que quiera encargarse de él.

El militar respondió sin demora que él mismo se encargaba del niño, que lo adoptaba y que haría con él las veces de padre y madre. Como estaba para cumplir su primer servicio, se reenganchó por la suma de 1800 francos. Con este dinero se dirige al director de un colegio, y le dice: —Aquí tiene usted la pensión por seis años de este niño, que es mi hijo adoptivo; enséñele bien y edúquele cristianamente. Y en seguida va a postrarse a los pies de la Santísima Virgen: —Virgen santa, le dice, os doy y consagro a mi hijo, cuidado de su alma, que yo proveeré a las necesidades de su cuerpo; es un pobre huérfano, servídle de madre.

Al cabo de un año, el militar volvió a ver a su protegido; pero, ¡qué desengaño! El niño no había correspondido a su bondad; era perezoso-

so, disipado, lleno de vicios y de defectos. —Llévese a su hijo, le dijo el Director, porque no puedo sacar provecho de él, y todo me lo echa a perder. El soldado reflexionó un momento; el dolor se pintó en su frente, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Después, con voz temblorosa por la emoción, replicó: —Le suplico que tenga paciencia seis meses más, señor Director; confío que Dios tendrá piedad de él y de mí, que se enmendará y volverá a mejor acuerdo. El Director convino en ello, y el piadoso soldado fue a postrarse de nuevo a los pies de María, y, con un acento que demostraba su fe de militar, le dijo: —Pero, ¡Virgen Santísima, parece que no pensáis en el encargo que os hice!... Os confié a mi hijo, os pedí que le sirviéis de madre, ¿y lo dejaréis que se pierda? Yo me he vendido por él, ¿no haréis nada Vos para salvarle? Vamos, Madre amorosísima, espero que ahora le protegeréis, que os prometo invocaros y amaros siempre.

Al cabo de un año volvió el militar, y tuvo el inefable consuelo de saber que María había escuchado sus votos, pues el niño se había corregido, y era, por la regularidad de su conducta, motivo de edificación para el colegio.

Más tarde ingresó en el Seminario conciliar para perfeccionarse en la virtud y en las ciencias, tuvo la fortuna de ordenarse sacerdote y ser modelo de sus colegas como lo había sido